

su cimiento y su prestigio, á la ley su fuerza, el valor á la virtud, la santidad al derecho, el freno á todas sus bullidoras pasiones, y por lo tanto, en lugar de formar un ciudadano honrado, útil y benéfico, habréis hecho de él un joven egoísta, frío y cruel, que será el tormento y azote de la sociedad.

Padres de familia, si no queréis recoger de vuestros hijos frutos tan amargos, procurad, por todos los medios posibles, instruirlos y educarlos cristianamente, á fin de que sean tales cuales Dios los quiere, vosotros los deseáis y la sociedad los espera.

Quiera el cielo escuchar nuestras ardientes súplicas y concedernos, mediante una instrucción y educación cristianas, la salud para la enferma sociedad. Y como prenda segura de nuestro paternal afecto, os damos nuestra bendición pastoral en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

De nuestro Palacio Arzobispal de Oaxaca, á los ocho días del mes de Diciembre del año del Señor, mil ochocientos noventa y cuatro.

✠ *Eulogio* Arzobispo de Antequera.— Por mandato de Su Señoría Ilma. y Rma., *Vicente Cervantes*, Secretario.

En nuestra Santa Iglesia Metropolitana, en los demás templos de la ciudad y en todas las iglesias parroquiales de la Diócesis, se leerá á los fieles esta nuestra Carta Pastoral en uno ó más días festivos inmediatos á su recibo.

## Progresos del Catolicismo

EN INGLATERRA.

Un periódico seglar de Londres publica las siguientes estadísticas acerca de los progresos del catolicismo en Inglaterra desde el año de 1829.

Entonces los sacerdotes eran sólo 477, mientras que ahora son 3,000. Entonces habla sólo 449 iglesias, mientras que ahora este número ha subido á 1663. Entonces ni un solo monasterio se veía en toda la redondez del país, al paso que en la actualidad no son menos de 244 esos asilos de la oración, de la piedad y de la caridad.

Los conventos también han crecido de 16 á 491 y los colegios de 2 á 38.

Otra cosa que llama justamente la atención es el papel que desempeñan los católicos en el gobierno del Reino Unido. Pues son 6 los súbditos del Papa que forman parte del Consejo privado de la Reina.

La Cámara de los Lores cuenta con 34 de entre ellos, y la Cámara de los Comunes con 74.

¿Y no es este un cambio muy consolador verificándose en un país en donde los católicos eran antes tan perseguidos y tratados aun peor que los parias? Nada decimos del hecho tan portentoso de que sea un católico el Juez Supremo de las Cortes de Inglaterra—lo que nunca se había visto desde el malhadado cisma—y que ese mismo juez supremo haya sido invitado á dirigir la palabra á una fenomenal junta pública que tuvo lugar últimamente en Liverpool para honrar la memoria del finado Sr. Obispo de aquella ciudad.

De ese paso se llegará tarde que temprano á ver el Catolicismo tan floreciente como antes en la que mereció en otros siglos el hermoso nombre de "Isla de los Santos."

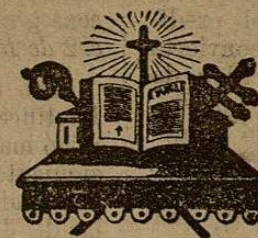
Los herejes no son los más terribles adversarios de la Iglesia: por el contrario, de estos debe la mitad de su gloria.

Sus peores enemigos viven en su seno y por medio de estos parecería, si pudiera perecer.

La señal para la muerte del Salvador fué dada por Judas.

# COLECCIÓN

DE DOCUMENTOS



ECLESIASTICOS.

Tip. de N. Parga.—D. Juan Manuel R.

Resp. Jesus Berruoco.

TOM VIII.

GUADALAJARA, MAYO 22 DE 1895.

NUM. 10.

## SECCION I.

### S. C. de Obispos y Regulares.

Nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII, que tan vivamente se interesa por el ministerio apostólico de la predicación, por ser ésta muy necesaria, sobre todo en la época actual, para la buena edificación del pueblo cristiano, se ha enterado, no sin experimentar profundo dolor, de que en la predicación de la divina palabra se han introducido de algún tiempo á esta parte algunos abusos graves que hacen con frecuencia la predicación de hoy día, ó despreciable, ó por lo menos estéril é infructuosa. Por esta razón y siguiendo el ejemplo de sus antecesores (1), ha ordenado á esta Sagrada Congregación de Obispos y Regulares que se dirija á los Ordinarios y á los superiores Generales de las Ordenes regulares, á fin de despertar su vigilancia y de excitar su celo

[1] Entre otros, Clemente X, Inocencio XII, Benedicto XIII, que tanto por medio de actos pontificios como por medio de la Sagrada Congregación del Concilio ó de la de Obispos y Regulares, dieron según las necesidades de los tiempos, sabias disposiciones concernientes á la sagrada predicación.

para poner remedio, en cuanto sea posible, á dichos desórdenes, hasta hacerlos desaparecer enteramente.

Siguiendo con fidelidad los augustos mandatos del Padre Santo, esta Sagrada Congregación ha acordado poner de manifiesto á los reverendos Ordinarios, á los Superiores de las Ordenes Regulares y los Jefes de los Institutos piadosos eclesiásticos, las reglas siguientes, á fin de que procuren cumplidamente su observancia:

I.— En primer lugar, y por lo que concierne á las cualidades del predicador sagrado, deberán tener un especial cuidado en no confiar jamás tan santo ministerio al que no se halle animado de la verdadera piedad cristiana y penetrado de un grande amor á Nuestro Señor Jesucristo, sin lo que no sería otra cosa que un "bronce resonante ó un címbalo atronador;" (*Epístola primera de S. Pablo á los Corintios*, cap. XIII, v. 1), y no podría nunca tener ese verdadero ardor por la gloria de Dios y la salvación de las almas, único móvil y solo fin de la predicación evangélica. Y esta piedad cristiana, tan necesaria á los oradores sagrados, es necesario que resplandezca también en su conducta exterior, que nunca debe estar en contradicción con sus enseñanzas, ni tener nada de seglar y mundana, sino ser tal que ella los muestre verdaderamente "como ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios." [*Epístola primera*

Los Superiores de los Religiosos, de cualquiera Orden, Sociedad ó Congregación que sean, no permitirán á ninguno de sus súbditos predicar, y mucho menos les presentarán á los Ordinarios con letras testimoniales, antes de haberse asegurado perfectamente de la regularidad de su conducta y de la rectitud de su método en la predicación de la palabra divina.

Si los Ordinarios, después de haber aceptado á un predicador por las buenas recomendaciones que haya presentado, observasen que en el ejercicio de su ministerio se desvía de las reglas y enseñanzas dadas en esta carta, le llamarán prontamente á su deber por medio de una reprensión oportuna. Y si ésta no bastase, retírenle la misión que le fué confiada y aun usen de las penas canónicas cuando la naturaleza del caso lo exija.

Por lo demás, sabe esta Sagrada Congregación que puede seguramente contar con el celo de los Reverendos Ordinarios y el de los Superiores de las Ordenes religiosas y tiene, por lo tanto, confianza en que sobre todo, gracias á ellos, se verá prontamente reformada esta manera moderna de anunciar, ó mejor dicho de alterar la palabra divina, y espera que la sagrada predicación, desembarazada de las seducciones mundanas, recobrará su gravedad y majestad nativas y con ellas su eficacia sobrenatural, para la gloria de Dios y la salvación de las almas, y ventaja universal de la Iglesia y del mundo.

Dado en Roma, en la Secretaría de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, el 31 de julio de 1894.—ISIDORO, Cardenal VERGA, *Prefecto*.—LUIS TROMBETTA, *Pro-Secretario*.

### SECCION III.—VARIEDADES.

#### El Sacerdote en la sociedad actual.

—:o)(C)(o:—

La historia no se innova, sino que se repite. Como los judíos de antaño que rehusaban reconocer el reino de Jesu-

cristo, nuestros modernos sectarios inscriben en su programa la exclusión del sacerdote de toda vida social, esperando que si llegan á conseguir relegarlos á las sacristías, no tardarán mucho en hacerlos pasar á los ojos del vulgo, por una especie de aves nocturnas. Ahora bien, en esa triste situación en que se les quiere constituir, el sacerdote pierde su grandeza y se empequeñece, lo mismo que esas montañas cuyas bases se undan en el oceano; deja de ejercer la influencia que tiene derecho de extender sobre las masas; y la fé se enfria ó se va, á semejanza del sol, á brillar en otras regiones, porque el pueblo no otorga sus respetos ni sus afectos más que á los que conoce, pues que las multitudes no confían su dirección sino á quienes escuchan y participan de su vida social.

Como Nuestro Señor Jesucristo, el Sacerdote Eterno, el sacerdote en la tierra, es *Pueblo*: que vaya pues hacia ese pueblo, á ese pobre pueblo que trabaja y que sufre oprimido bajo el peso de la iniquidad y de las instituciones sociales, que enseñe en los campos, en las fábricas, en las aldeas; en una palabra, en todas partes donde derrama sus sudores; y las democracias se sentarán á sus piés para recoger las lecciones de su corazón.

Nuestras sociedades contemporáneas duermen al borde de un abismo, después de haber, por sus doctrinas, aguzado los puñales y forjado las bombas de los anarquistas. Nuestra misión es calmar las tempestades que parecen surgir por todas partes.

Yo no digo que el sacerdote se convierta en tribuno y haga el papel de Savonarola: pido que siempre sea *sacerdote*, sobre todo, ante el público que sólo le ve rodeado del incienso de los altares. ¡Oh! bien sé que por temor, si no es que por mera cobardía, le recomendarán una prudencia exagerada; pero de buena fé, para muchos, ¿no es acaso una virtud esa, que sirve á menudo para ocultar un vicio, la pereza?

No, yendo hácia el pueblo, como el Maestro lo hizo, el sacerdote no saldrá de su misión de apóstol. como frecuentemente lo ha repetido León XIII.

Su ascendiente sobre las masas crecerá con el éxito y su intrepidez para hacer el bién con su ascendiente.

Por otra parte, Dios estará en sus trabajos, porque su Providencia jamás deja de escudar á los que confían en ella.

La hora de las revanchas sociales parece haber llegado: el mundo entero tiembla como la tierra en los momentos de la erupción de los volcanes. Por todos lados se experimenta la necesidad inmensa de paz y reconciliación, y se dice en voz alta que ésta será obra de la Iglesia. Aprovechemos, pues, el momento porque dejar escapar la ocasión es, á menudo, una irreparable desgracia para los hombres.

Los RR. PP. Garnier, Naudet, Pottier, han comenzado ya la obra del apostolado social en Francia y Bélgica; en Italia, Scalabrini se ha ocupado de esto seriamente en un congreso catequista celebrado en la ciudad papal. Alemania, Inglaterra, España, la América y aún la lejana Australia haciendo eco á las grandes palabras de León XIII, han imitado tan bellos ejemplos.

En todas partes el sacerdote ha escalado los muros que se levantan entre el sacerdocio y la democracia: en todas partes se ha puesto á luchar cuerpo á cuerpo con el error y ha restablecido la verdad.

El liberalismo, que no es más que un racionalismo social, no ha economizado esfuerzos para sustraer á nuestra sociedad moderna del orden sobrenatural, y establecerla sobre la razón ó más bien sobre el capricho de la multitud. Esa conducta nos indica la nuestra y nos impone el deber de comenzar á trabajar por restaurar el reino social de Jesucristo.

No nos avergoncemos de predicar á Jesucristo y á Jesucristo crucificado.

Muchos sacerdotes acaban por donde ni debían comenzar creyendo que atenuando la verdad la harán pasar más fácilmente, lo cual constituye un grande error y casi un sacrilegio.

El liberalismo ha engendrado el naturalismo que hace capitular la razón bajo el imperio de los sentidos, y ésta última heregía, fruto de tantas otras, es la que marchita la vida de nuestras sociedades. En este punto también tiene el sacerdote una hermosa misión que cumplir: siendo casto, enseñará la castidad; pobre, predicará la pobreza y enseñará á soportarla; ángel en un cuerpo carnal, mostrará el camino del cielo.

La economía social moderna ha transformado al mundo en una fábrica y al obrero en una máquina.

Al destruir las corporaciones que hicieron la fuerza y la gloria de la Edad Media, ha consagrado al individualismo y preparado las vías al socialismo y á la anarquía. Con sus doctrinas de *dejad hacer* y *dejad pasar*, ha roto el equilibrio del cuerpo social y los lazos que ligan el hombre al hombre.

Se trata de restablecer la verdadera economía política, la política sacada de las Santas Escrituras.

El obrero sufre y sufre injustamente; tiene, pues, derecho á una reparación y á más justicia de parte de la sociedad.

Se le ha predicado durante años enteros, durante más de un siglo, que la propiedad era un robo la riqueza un crimen, la autoridad una usurpación y una tiranía, y él lógicamente se ha puesto con encarnizamiento á destruir á la propiedad, á apoderarse de la riqueza, y á hacer saltar con bombas á la autoridad. ¡Se ha sembrado el viento, y se recogen tempestades! Las ideas engendran los hechos: las doctrinas subversivas han predicado la anarquía con sus puñales y sus bombas.

Los mismos gobiernos en la partida se han hecho cómplices del petróleo y de la dinamita al arrebatarse el único bien que le quedaba: su fé.

El verdadero periódico del pueblo es el catecismo, ese pequeño libro de cincuenta páginas que encierra más verdades y más soluciones de cuestiones sociales que las que jamás han dicho y dado todos los sofistas juntos.

¡Pues bien no le han dejado al pueblo su pequeño libro! Bajo pretexto de libertad de conciencia, se le ha quitado de las escuelas, en las que fortificaba y santificaba la enseñanza.

Bajo el estúpido pretexto de *neutralidad*, todo lo han laicizado: quiero decir, que han arrojado a Dios de todas partes: de la familia á la que la ligaba con el matrimonio cristiano aún de las mismas tumbas que bendecía por medio de sus sacerdotes. "Ni Dios ni Señor:" así está formulado el programa de las sectas. Ahora bien, hoy el abismo está abierto y el aire está cargado de rayos.

¿Qué sucederá? —Yo no sé: ¡al ménos una transformación social!

La Iglesia está acostumbrada á contemplar los desmoronamientos de las sociedades humanas: ¡tantos ha visto durante su larga vida! . . .

Ella, que al salir de las persecuciones en las que vió matar once millones de sus hijos, educó y bautizó á los Hunos, á los Godos y los Vándalos, está todavía llamada por el designio de Dios, á educar y bautizar, diremos más, á tener sobre su regazo y á alimentar con sus maternales senos á las feroces democracias modernas. Cuando las falanges de los nuevos bárbaros se pongan en camino para desolar y matar como los aludes que se precipitan de las cimas de los Alpes, siempre tendrá aquella un San Leon que salga al encuentro de Attila para detenerlo!

No lo olvidemos, sacerdotes católicos! nuestro ministerio ahí está: en la agonía de las sociedades, lo mismo que en la cabecera de los apestados.

Ante todo, el sacerdote debe ser catequista y predicar como tal. Prefiero una plática sencilla y sustancial que me instruya, que un bello y florido discurso, dividido en tres partes, que me hala-

gue nada más el oído. Las verdades que se han destruido ó disminuido, es preciso hacerlas penetrar de nuevo en la mente del pueblo y hacer comprender á los pequeños como á los grandes que la vida, que aparece á menudo como una cadena de goces cuyos anillos se pierden en el azul del cielo, es ahora como siempre, una cruz y un martirio; que el trabajo, despreciado por el paganismo como un triste apanaje de los esclavos, es para el hombre una ley y un medio de perfeccionamiento, cuya recompensa está en el cielo; que la piedad está fundada en la razón y consagrada por el derecho natural; que la autoridad es el elemento que informa á la sociedad como el alma informa el cuerpo; que la obediencia es un título de nobleza y no una servidumbre; que la caridad es la sávia que da fuerzas al cuerpo social; que la religion, que se considera como grillos que atan, es un lazo que une á Dios al hombre y no un envilecimiento que degrada.

Pero para hacer penetrar esas enseñanzas y empapar con ellas el espíritu del pueblo, se necesita un ejército de apóstoles, una verdadera falange que no se deje vencer por el desaliento desde el primer combate, ni se retraiga por efecto de las calumnias ni de las injurias.

Las almas pusilánimes y las naturalidades laxas, tendrán miedo, tal vez vergüenza de ver descender al sacerdote y mezclarse en la pelea, como si el soldado no se formara en los campos de batalla. Se temerá que vuelva con el rostro herido; se avergonzarán de verlo con apariencias de derrotado . . .

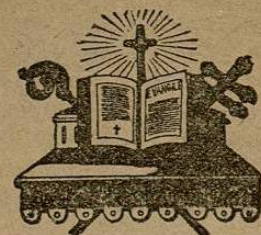
Pues bien, todo eso son puras vulgaridades y preocupaciones necias.

Si San Pedro y San Pablo se hubieran quedado en Jerusalem, esperando que el mundo fuese ahí á buscarlos, Roma sería todavía pagana!

¡No, no! el programa del sacerdocio contemporáneo, como el del colegio apostólico, se encuentra en estas palabras del MAESTRO: *Euntes et docente omnes gentes!* ¡Esta es mi última palabra!

# COLECCIÓN

DE DOCUMENTOS



ECLESIASTICOS.

Tip. de N. Parga.—D. Juan Manuel R.

Resp. Jesus Berrueco.

TOM. VIII.

GUADALAJARA, JUNIO 8 DE 1895.

NUM. 11.

## SECCION I.

### Breves de S. S. Leon XIII.

*AL Conde Ivert, fundador del cuerpo de los propietarios cristianos en Francia:*

Querido hijo, Salud y bendición apostólica:

No queremos que el testimonio de nuestra satisfacción falte á la sociedad de los *propietarios cristianos*, la que desde hace algunos años, y para dicha de todos, ha sido fundada por iniciativa vuestra.

Porque esta sociedad teniendo por fin ocuparse con afección de los obreros y de otros miembros de clases menos afortunados, á la vez que proponiéndose ayudarles en la medida de sus fuerzas, no sólo para los bienes exteriores y del cuerpo, sino que tambien en la parte que se refiere á el alma, Nos no podemos por menos de hacer constar nuestra total aprobacion.

Si la justicia impone sus deberes, tambien la caridad los suyos. Pues la caridad quiere que cada uno atienda según sus fuerzas á la salud y condicion de sus semejantes.

En su consecuencia, ella pide á los ricos algo más que el pago del precio de una hora, ó del salario convenido para el trabajo.

Por tanto, vuestra obra persigue un fin excelente y muy apropiado á los tiempos.

En efecto así es.

Si este género de caridad, escogido perfectamente por vuestra asociación, fuera generalmente practicado por los ricos, muchos de los cuales, desde hace algún tiempo, ocasionaban algunos desordenes en el campo de la igualdad y de la fortuna, habríamos conseguido aplacar sus ánimos.

Por esto que os concierne, vuestros esfuerzos comunes parecen ya haber producido resultados que no son para sentir.

Vos obtendreis, si Dios lo permite, aún un número mayor de colaboradores y asociados, que se regocijarán de secundar vuestras santas ideas.

Esto que habrá de producirse, es lo que nosotros deseamos, y es lo que realmente puede esperarse.

Sabemos, en efecto, que el espíritu francés acomete de frente empresas saludables.

Esperando, como augurio de las recompensas celestes, y como empeño de nuestra benevolencia, Nos acordamos con el mayor afecto conceder la bendición apostólica al presidente de la Sociedad, así como tambien á todos los miembros de la misma.

de S. Pablo á los Corintios, cap. IV, v. 1]; de otro modo, como así lo hace observar el Doctor Angélico Sto. Tomás, "si la doctrina enseñada es sana y si el predicador es perverso, él mismo se convierte en una causa de blasfemia de la ley de Dios." (*Comentarios sobre S. Mateo, V.*)

La ciencia debe estar unida á la piedad y á la virtud cristiana, pues es claro y está demostrado por una constante experiencia, que en vano se esperará una predicación sólida ordenada y fructuosa de parte de aquellos que no han sido alimentados con buenos estudios, principalmente los sagrados, y que confiados en una cierta facilidad natural de palabra, suben temerariamente al púlpito, con poca ó ninguna preparación. Estos predicadores no hacen otra cosa que batir el aire y atraer sin advertirlo sobre la divina palabra, el desprecio y la irrisión; y por eso á éstos se ha dicho con justicia: "Porque vosotros habéis rechazado la ciencia, yo os rechazaré para que no ejerzáis mi sacerdocio." [*Oseas, cap. V., v. 6.*]

II.—Después, y no antes de que el sacerdote haya adquirido todas las cualidades que acabamos de enumerar, podrán solamente los reverendos Obispos y jefes de las Ordenes Regulares confiarle el gran ministerio de la palabra divina; pero cuidando siempre de que se atenga fielmente á las materias que son verdaderamente propias de la sagrada predicación. Estas materias fueron indicadas por el Divino Redentor, cuando dijo: "Predicad el Evangelio." [*Ev. de San Marcos XVI, 15.*]... "Enseñadles á guardar todo lo que Yo mismo os he ordenado." (*San Mateo, XXVIII, 20.*)

Conforme á estas palabras escribió el Doctor Angélico: "Los predicadores deben instruir acerca de lo que es preciso creer, dirigir acerca de lo que es necesario hacer, dar á conocer lo que hay que evitar, y unas veces conminando y otras exhortando, predicar á los hombres la ley divina." (*Santo Tomás de Aquino.*) Y el santo Concilio de Trento: "Mostrad-

les los vicios que es necesario evitar y las virtudes que hay necesidad de practicar para escapar á las penas eternas y conseguir la felicidad celestial." (*Ses. V., c. 2 de Reform.*)

Esto mismo es lo que el Soberano Pontífice Pío IX, de santa memoria, explicó mas ampliamente todavía con las siguientes palabras: "Que los predicadores, al enseñar, no sus doctrinas sino las de Jesucristo crucificado, anuncien con claridad y abiertamente los santísimos dogmas y preceptos de nuestra Religión, según la doctrina de la Iglesia católica y la de los Santos Padres, en un lenguaje noble y grave; que expliquen con cuidado los deberes particulares de cada uno, que aparten á los fieles de la disolución y les impulsen á la piedad, de suerte que, confortados con la palabra de Dios, eviten todos los vicios y practiquen todas las virtudes para librarse de las penas eternas y conseguir la felicidad celestial."

De aquí resulta claramente, que el Símbolo y el Decálogo, los Mandamientos de la Iglesia y los Sacramentos, las virtudes y los vicios, los deberes propios de los diferentes estados sociales, las postrimerías del hombre, y otras verdades eternas semejantes deben constituir la materia ordinaria de la sagrada predicación.

III.—Estos gravísimos asuntos son hoy indignamente descuidados de muchos predicadores que, buscando su propio interés y no el de Jesucristo (*San Pablo á los Corintios, epístola primera, cap. XIII, v. 5*), y sabiendo bien que no son esas materias las más á propósito para conquistar el favor de la popularidad que ambicionan, las dejan á un lado, particularmente en los sermones de Cuaresma y en otras ocasiones solemnes, y cambiando al mismo tiempo el nombre y la cosa, sustituyen los antiguos sermones con un género mal comprendido de conferencias, tendiendo á seducir el entendimiento y la imagina-

ción, y no á obrar sobre la voluntad ni á reformar las costumbres.

Al obrar así, no reflexionan que las predicaciones morales son útiles á todos, y las conferencias lo son ordinariamente para un corto número; y si á lo menos estas últimas tuviesen por objeto preferente el mejoramiento de las costumbres, esto es, si se encaminaran á hacer á los hombres más castos, más humildes, más obedientes á la Iglesia, todavía por este solo espíritu lograrían librar de mil perjuicios contra la fé y disponer los ánimos á recibir la luz de la verdad; por la razón de que los errores religiosos, sobre todo en las poblaciones católicas tienen generalmente su raíz en las pasiones del corazón, más aún que en los errores del entendimiento, pues por esto se ha escrito: "Del corazón vienen los malos pensamientos y las blasfemias." (*San Mateo*). Y de aquí que acerca de estas palabras del Salmista: "Dijo el necio en su corazón: no hay Dios" (*Salm. III, x, 1*), haya hecho S. Agustín esta exactísima observación: "El lo ha dicho en su corazón, pero no en su entendimiento."

IV.—Al hablar así, no queremos condenar de una manera absoluta el uso de las conferencias, que cuando están bien hechas, pueden ser tambien en ciertos casos, muy útiles y necesarias, en medio de tantos errores extendidos en contra de la Religión. Pero deben desterrarse en absoluto del púlpito esas pomposas disertaciones que tratan de asuntos más especulativos que prácticos, más profanos que religiosos, más propios para el aparato que para producir frutos, y que estarían más en su lugar en la arena de la prensa y en los recintos académicos, pero que ciertamente no convienen en el lugar santo.

Respecto de las conferencias que se dirijan á defender la Religión de los ataques de sus enemigos, algunas veces son necesarias; pero ésta es una carga que no está hecha para todos los hombres, pues está reservada para los más

robustos. Y aún así deben estos potentes oradores usar en esta materia de una gran prudencia; conviene no hacer esos discursos apologéticos sino cuando, según los lugares, tiempos y auditorios, haya verdadera necesidad de ellos, y deba esperarse un gran provecho, de todo lo que no pueden ser evidentemente jueces más que los Ordinarios. Y conviene también hacer dichas conferencias de suerte que la demostración se asiente sólidamente en la doctrina sagrada, mucho más que en los argumentos humanos y naturales, y, en una palabra, conviene hacerlas con tanta solidez y claridad que se evite el peligro de dejar los ánimos más impresionados por los errores que por las verdades que se les opongan, y más heridos por las objeciones que por las respuestas.

Debe sobre todo, velarse, porque el uso excesivo de las conferencias no haga caer en descrédito ni en desuso las predicaciones morales, como si estas fueran secundarias y menos importantes que las predicaciones apologéticas, y debieran por esta causa dejarse al común de los predicadores y de los auditorios: la verdad es, por lo contrario, que la predicación moral es la más necesaria á la universalidad de los fieles que no es menos noble que la apologética, y que, por consecuencia de esto, los oradores aun los más distinguidos y célebres aunque hablen á unos auditorios tan escogidos y numerosos como se quiera, deberán, cuando menos, de tiempo en tiempo, practicarla con mucho celo. Si esto no se hace, esos auditorios estarán siempre condenados y oír hablar de errores que con frecuencia no existen entre la mayoría de las personas que los componen, y nunca de vicios y faltas que habitualmente se encuentran en las asambleas de ese género, más que en otras de menos esplendor.

V.—Pero si numerosos abusos se advierten en la elección de asuntos, otros

no menos graves hay que deplorar en cuanto á la manera de tratarlos. Sobre este punto, Santo Tomás de Aquino enseña excelentemente que para ser en verdad, "la luz del mundo el que predica la palabra divina, debe poseer tres cualidades: desde luego la solidez, á fin de no apartarse de la verdad; despues la claridad, para que su enseñanza no resulte oscura; y en tercer lugar, el deseo de ser útil para buscar la gloria de Dios y no la suya propia." [Loc cit.]

Desgraciadamente, gran número de los sermones actuales, por su forma, no sólo se apartan de esta claridad y de esta sencillez evangélica que deberían caracterizarlos, sino que se pierden en un cúmulo de obscuridades y en asuntos tan abstractos, que están por encima de la inteligencia común del pueblo, y hacen salir de los lábios esta queja: "Los pequeños han pedido pan y no había nadie para partirlo." (*Lamentaciones de Jeremías.*)

Mayor mal es todavía que esos sermones carezcan con frecuencia de ese sello sagrado, de ese soplo de piedad cristiana y de esa unción del Espíritu Santo, gracias á lo que el predicador evangélico debería poder decir siempre: "Mi discurso y mi predicación han estado, no en las palabras persuasivas de la sabiduría humana, sino en las manifestaciones del espíritu y de la virtud." (*Cor II, 4.*)

Los hombres de que se trata, por el contrario, se apoyan casi exclusivamente "en las palabras persuasivas de la humana sabiduría," y no se cuidan sino poco ó nada de la *palabra divina* de la Sagrada Escritura, que debe ser, no obstante, la principal fuente de la elocuencia sagrada, como recientemente lo ha enseñado el Soberano Pontífice León XIII, que felizmente reina, en estas profundas palabras que creemos oportuno recordar:

"Esta virtud especial y singular de las Escrituras, como proceden de la inspiración divina del Espíritu Santo, es la

que da autoridad al orador sagrado, le presta una libertad de palabra realmente apostólica, y le comunica una elocuencia enérgica y victoriosa. Y, en efecto, quien lleva en su discurso el espíritu y la fuerza de la divina palabra, no habla solamente con la voz, sino con milagros, con el Espíritu Santo y con gran plenitud de sus dones. [*I Thesal. I, 5.*]

"Por esto debe considerarse que obran torpe é irreflexivamente los que hablan de Religión y anuncian los preceptos divinos, empleando casi exclusivamente palabras de la ciencia y sabiduría humanas, apoyándose más en sus propios argumentos que en los argumentos divinos.

"Realmente, su lenguaje, por brillante que sea, resulta por necesidad languido y frío, en tanto cuanto le falta el fuego de la palabra de Dios, y más se aparta de la virtud, de que es tan rica esta palabra divina: *Pues ella es viva, eficaz y más penetrante que una espada de dos filos, y llega hasta la división del alma y del espíritu.* [Hebr. IV, 12].

"Por otra parte, los mismos sabios deben reconocer que existe en las Sagradas letras una elocuencia admirablemente variada y fecunda, y digna de los más grandes asuntos; que es lo que S. Agustín vió claramente y elocuentemente demostró, y lo que confirma la misma experiencia de los más eminentes entre los oradores sagrados. Estos afirman, dando por ello gracias á Dios, que deben sobre todo, su reputación al estudio asiduo y a la piadosa meditación de la Biblia."

VI.—Este santo libro es, pues, la fuente principal de la elocuencia sagrada. Pero los predicadores modernizados, en lugar de adquirir su elocuencia en la *fuente de agua viva*, la buscan por un intolérable abuso en las *cisternas corrompidas de la sabiduría humana*, y en vez de invocar los textos inspirados por Dios, ó los de los Santos Padres y de los Concilios, citan hasta la saciedad á los

autores profanos, á escritores modernos y vivos todavía, autores y palabras que se prestan con frecuencia á interpretaciones equívocas y muy peligrosas.

Es también un gran abuso de la elocuencia sagrada tratar los asuntos religiosos desde el punto de vista exclusivo de los intereses terrenales y no referirse á los de la vida futura; enumerar las ventajas aportadas á la sociedad por la Religión cristiana, y pasar en silencio los deberes que ésta impone; pintar al Divino Redentor todo caridad, y no hacer mención de su justicia: de esto proviene el poco fruto de esas predicaciones, de las que el mundo sale persuadido de que sin cambiar de costumbres, no tiene más que decir: Yo creo en Jesucristo, para ser un buen cristiano." (*Cardenal Bausa, Arz. de Florencia, al clero joven de su Arch.*)

Pero ¿qué importan los resultados á los predicadores de quienes hablamos? No es eso lo que ellos buscan principalmente; su objeto es agradar á los auditores *prurientes auribus* (II Tim. IV, 3), y con tal de ver llenas las iglesias no se inquietan porque las almas salgan de ellas vacías. Por esta razón no hablan nunca del pecado, ni de las postrimerías, ni de ninguna de las demás gravísimas verdades que podrían salvar á sus oyentes entristeciéndolos; ellos tienen solamente palabras que encantan" (*Isaias xxx, 10*); emplean una elocuencia más propia de la tribuna que del púlpito, más profana que sagrada, que les proporciona los aplausos ya condenados por S. Jerónimo cuando escribía: "Cuando tú enseñes en la iglesia, cuida que se eleven no las aclamaciones del pueblo, sino sus gemidos; que las lágrimas del auditorio sean tus alabanzas."

De todo esto resulta que su predicación aparece como rodeada, tanto en la iglesia como fuera de ella, de cierta atmósfera teatral que le quita todo carácter sagrado y toda eficacia sobrenatural. Y resulta, además, en el pueblo, y, digámoslo así, en una parte misma del

clero, la depravación del gusto de la palabra divina, el escándalo de todas las personas buenas, y poco ó ningún provecho para los extraviados y perversos. Estos, aunque algunas veces acuden en montón para oír "esas palabras que agradan," sobre todo si son atraídos por los sonoros nombres de *progreso, patria, ciencia moderna*, despues de haber aplaudido vigorosamente al orador que *conoce la buena manera de predicar*, salen de la iglesia tales y como habían entrado en ella. Admiraban, pero no se convertían" (*De S. Agustín sobre S. Mateo XIX, 25*).

VII.—Por estas razones esta Sagrada Congregación, que desea, en cumplimiento de las órdenes de Su Santidad, poner remedio á tan numerosos y detestables abusos, se dirige á todos los Reverendos Obispos y superiores generales de todas las Ordenes religiosas y piadosos Institutos eclesiásticos, á fin de que ellos se levanten contra esos males con firmeza apostólica y hagan toda clase de esfuerzos para lograr su extirpación.

Y acordándose de que, según la disposición del Concilio de Trento, "son los encargados de escoger á los hombres á propósito para esta misión de la predicación" deben emplear en este asunto la mayor vigilancia y la más exquisita prudencia. Si se trata de sacerdotes de sus diócesis, no deben confiarles tan augusto ministerio sin haberles experimentado de antemano, ó por la vía de exámen ó por otro medio oportuno, á menos que no hayan hecho sus pruebas anteriormente en lo que concierne á la vida, la ciencia y las costumbres.

Si se trata de sacerdotes de otras diócesis, no deben autorizar á ninguno para predicar en la suya sobre todo en ocasiones solemnes, si los mencionados sacerdotes no presentan letras de su propio Obispo ó Superior regular, dando buen testimonio de sus costumbres y capacidad.